

asequible e interesante para los aragoneses: Sicilia y Nápoles, que estaban en la misma línea de las Baleares y de Córcega y Cerdeña.

La flecha disparada por Jaime I, cuando inició la conquista de las Baleares, había sido seguida por sus descendientes, en particular por Pedro III *el Grande*, que recogía el guante lanzado por el último vástago de la dinastía Stauffen —Conrradino— y se hacía paladín de los intereses normandos y alemanes en Sicilia. Este período es una de las encrucijadas de mayor complejidad de la Historia. Sicilia había sido conquistada en el siglo XII por los normandos venidos del Norte, que habían establecido allí y en el Sur de Italia una duradera dinastía. Con esta dinastía normanda enlaza la de los Stauffen, lo que permite que Federico II, emperador de Alemania, fuera también rey de Sicilia. Los derechos de esta rama normando-germánica pasan a Pedro III por su matrimonio con una princesa siciliana. Aragón con Sicilia daba la primera avanzada en el camino de un imperio duradero.

El destino de las naciones está —¿quién puede dudarlo!— en las manos de los hombres que las dirigen, pero muchas veces son consustanciales a su propia esencia y posición geográfica. Tal es el caso de Aragón, vocacionado al Mediterráneo por sus costas catalanas, valencianas y balearicas. Por el Compromiso de Caspe cambiaba la dinastía aragonesa y se establecía la de Trastámara, de origen castellano, pero esto no significaba una mirada hacia el interior, una intrapeninsularización de la política aragonesa, que continuó mirando al mar, y que halla en la persona de Alfonso V la más clara expresión de su deseo imperial y de dominación. Alfonso V consolida el imperio, como vamos a ver, y además preforma la gran política española en Europa, con clarísima visión de todos los problemas del Mediterráneo.

No voy a repetir todos los episodios, conocidos, de la guerra de Aragón por la posesión de Nápoles, que se afirma en el momento en que

Renato de Anjou ha de renunciar para siempre a sus derechos a tierras tan duramente disputadas, sino a significar algo doblemente importante: que al instalarse Alfonso V en la península italiana. Aragón afirma efectivamente su imperio y que se posibilita una acción de mayor envergadura. Datan de esta época las medallas con el aquilino perfil del gran Alfonso y una inscripción DIVVS y CESAR, que no dejan lugar a dudas: nos hallamos nuevamente ante el Imperio. Pero vayamos por partes.

Italia ha sido, harto se dice, «el campo de batalla de Europa», y en ella se han decidido muchos porvenires y muchas contiendas, hasta la de la última gran guerra; pero como contrapartida tiene el que durante siglos ha sido también la balanza donde se han juzgado los acontecimientos políticos europeos, el punto neurálgico de la historia occidental. Esta es la primera parte del valor de la conquista de Alfonso V en el Sur de Italia, el situarse, con influencia decisiva, en el teatro de las grandes resoluciones. El reconocimiento por parte del Sumo Pontífice consagra su importancia y le hace, prácticamente, árbitro de la política italiana, que es decir de Occidente. Pero hay algo más. Mientras todos los pueblos cristianos veían —con suicida incompreensión, repetida varias veces en la Historia— que los turcos iban cercenando el territorio bizantino y ahogando a Constantinopla, sólo él supo interpretar el verdadero signo de los tiempos, lanzando la voz de alarma y enviando sus naves, sus caballeros y sus soldados a la defensa del escudo que Europa tenía en Oriente, frente a los embates eternos de Asia. Al caer Constantinopla ante Moahomet II, luchaban al lado de Constantino XII don Francisco de Toledo y Pedro Julián, cónsul de Aragón.

Caída la ciudad que había contenido los ataques orientales, sólo es también Alfonso V el que piensa que hay que poner un dique al avance turco, y planea la única gran estrategia del siglo. Alfonso V mueve alianzas internacionales, se relaciona con Scandenbeg de Albania, envía